

PUNTO SEGUNDO. — Considera que si el amor de S. Estéban á Jesucristo se muestra en el sacrificio que le hizo de su vida, no se muestra menos este mismo amor en la generosidad con que perdonó á los que le quitaron la vida, á imitacion del Salvador. El ejemplo era único. No se conocía entonces esta heroica virtud. David, el más manso y el más misericordioso de los hombres, perdona durante su vida, pero pide que le venguen despues de su muerte. Era menester un hombre Dios que impusiese un nuevo precepto de una nueva virtud hasta entonces no conocida, y que era sobre las fuerzas humanas. Era menester que este hombre Dios nos enseñara con su ejemplo lo que nos mandaba con su boca. ¡Pero qué gloria y qué mérito para S. Estéban haber sido el primero de todos los fieles que imitase á su Maestro en un punto tan heroico y tan perfecto! Hubiera sido una gran virtud para este primer mártir haber sufrido con paciencia una muerte tan injusta; ¡pero qué sublimidad, qué heroicidad de virtud perdonarles su muerte á sus enemigos, orar al Señor con todo su fervor y con el zelo más ardiente por los que le apedrean, pedir á Dios que los alumbré, que los convierta, y que toda su venganza se reduzca á colmarlos de sus más grandes gracias, y darles la eterna bienaventuranza! Tal es el uso que hace de su poderoso valimiento con el Señor; y se puede decir, que á su oracion concedió Dios la conversion de Saulo, y que por ella de un perseguidor de la Iglesia le hizo un apóstol. Todo el cielo está embelesado de este acto heroico. El mismo Jesucristo viene á ser testigo de la victoria de su primer héroe; toda la corte celestial admira la fidelidad, el aliento, la caridad de este primer soldado cristiano. ¡Qué poderosa es, Dios mio, vuestra gracia en un corazon puro y generoso, en una alma verdaderamente cristiana! ¿Pero este siervo fiel tiene muchos imitadores? Dios no pide á todos los cristianos que den su sangre por la fe; pero les pide á todos que perdonen las ofensas por su amor. Las persecuciones y los tiranos han cesado; pero las afrentas, las injusticias, los enemigos personales son bastante frecuentes durante la vida.

Haced, Señor, que por la intercesion de este gran Santo siga yo en todas ocasiones su ejemplo y el vuestro, perdonando de todo mi corazon las injurias que me hicieren, y amando á mis enemigos con sinceridad; ayúdame para ello con vuestra gracia.

JACULATORIAS. — Señor, si yo pagáre mal por mal á los que me aborrecen, consiento el que sea vencido. (*Psalm. 7.*)

Señor, quiero que me perdónéis mis culpas; así como yo perdono las injurias que me han hecho. (*Matth. 6.*)

PROPOSITOS.

1 Nos admiramos del aliento, de la fidelidad y de la fe de los santos; ¿cuando seguiremos sus ejemplos? S. Estéban nos los da muy visibles y muy interesantes. Su amor tierno á Jesucristo, su caridad con sus enemigos, que llevan su odio hasta quitarle la vida; aquí tienes dos grandes lecciones, aquí tienes un gran modelo: aprovéchate de él, pídele á Dios este amor tierno y generoso, y dale pruebas de él guardando sus mandamientos, y complaciéndole con una constante fidelidad: prueba tu piedad por tus obras.

2 La caridad con tus enemigos es un precepto. No basta no quererles mal, es necesario amarles, es necesario quererles bien. Esas disposiciones de indiferencia para con los que nos ofenden no bastan para cumplir el precepto. Cuidado con este artículo. Haz todos los dias alguna oracion á Dios por ellos, y hazles todo el bien que pudieres, pues la caridad y el amor á tus enemigos debe ser eficaz.

DIA XXVII.

MARTIROLOGIO.

El TRÁNSITO DE SAN JUAN, apóstol y evangelista, en Efeso; el cual despues de haber escrito el Evangelio fué desterrado, y tuvo las revelaciones contenidas en el divino Apocalipsis; habiendo alcanzado los tiempos de Trajano, y fundado y gobernado las Iglesias de toda el Asia, murió ya muy viejo, á los sesenta y ocho años despues de la Pasion del Señor, y fué sepultado junto á la misma ciudad. (*Véase su vida hoy.*)

SAN MAXIMO, obispo, en Alejandria, muy esclarecido confesor de la fe.

LOS SANTOS CONFESORES TEODORO Y TEOFANES, hermanos, en Constantinopla; los cuales habiéndose criado desde niños en el monasterio de S. Sabas, y peleado despues valerosamente contra el emperador Leon el Armenio, en defensa de la veneracion de las santas imágenes; por decreto suyo fueron azotados y desterrados. Despues de la muerte de este emperador, como resistiesen nuevamente con igual constancia al emperador Teófilo, sucesor de aquel en la misma impiedad, fueron por ello azotados otra vez y desterrados. Teodoro murió encarcelado en el destierro. Teófanos, restituida la paz á la Iglesia, fué consagrado obispo de Nicea, y durmió en el Señor. (Cuando el emperador Teófilo, violento iconoclasta, mandó otra vez azotarlos, según queda referido, viendo su constancia, mandó que les pusiesen en las frentes, con un

hierro ardiendo, una inscripción; y aunque las heridas que con los azotes habian recibido estaban muy inflamadas, les pusieron en unos banquillos mientras les imprimian en sus rostros la inscripción. La operación fué larga y dolorosísima, y luego fueron conducidos de nuevo á la cárcel con los rostros ensangrentados todavía; y despues fueron desterrados á Apamea en Siria, donde murió Teodoro de sus heridas y torturas. Por razon de la inscripción grabada en su cara se le llamó GRAPT, que significa en griego *marcado ó grabado*. Los griegos llaman á S. Teófanos el *Poeta* por razon de los sagrados himnos que compuso.)

SANTA NICERATA, virgen, tambien en Constantinopla, la cual resplandeció en santidad en tiempo del emperador Arcadio.

SAN JUAN, APÓSTOL Y EVANGELISTA.

NINGUNA cosa puede dar una idea más alta y más cabal de la santidad y del mérito extraordinario de S. Juan, que el augusto título de discípulo amado de Jesucristo que le da el Evangelio. Ningun elogio fué más magnífico ni más verdadero. Era san Juan galileo, hijo del Zebedeo y de Salomé, y hermano menor de Santiago el Mayor, de quienes se habla tantas veces en el Evangelio. Aprendió desde joven el oficio de pescar con su padre. Ningun apóstol fué llamado tan joven al apostolado. No tenia sino de veinte y cuatro á veinte y cinco años cuando el Salvador le eligió por su discípulo.

Estaba con su hermano Jacobo en una barca á la orilla del lago de Genezaret, llamado el mar de Tiberiades, trabajando con su padre y su hermano en remendar sus redes, cuando Jesucristo, que acababa de llamar á S. Pedro y S. Andrés, vió á algunos pasos de allí á estos otros dos hermanos S. Juan y Santiago, sobre los cuales habia puesto sus ojos para hacerlos sus discípulos favoritos. Llamólos, como lo habia hecho con los primeros; y su palabra tuvo tanta fuerza, que sin detenerse un momento abandonaron barca y redes, se despidieron de su padre, y siguieron al que los llamaba.

La inocencia de costumbres de S. Juan, y particularmente su virginidad, le hicieron bien pronto más querido de su divino Maestro que todos los otros. S. Jerónimo, como tambien la Iglesia en el oficio de este Santo, atribuye á su virginidad la predilección del Salvador, y todos los favores singulares que este santo Apóstol recibió con preferencia á los otros. Su inviolable adhesión á Jesucristo, y aquella fidelidad con que le seguia á todas partes, da bastante á conocer que el amor de S. Juan á su amado Maestro era recíproco. S. Juan amaba á Jesucristo con una es-



S. JUAN EVANGELISTA.

tremada ternura, y desde el primer dia que se le juntó no supo perderle de vista. Jesus amaba tambien tiernamente á S. Juan; y esta predileccion era tan conocida y tan visible, que él mismo no toma otro título ni otro nombre en el Evangelio; que el del discípulo á quien amaba Jesus: *Discipulus quem diligebat Jesus.* Juan fué el confidente de todos sus secretos; y cuando los otros apóstoles querian informarse ó tomar nueva luz sobre algun punto, se encaminaban al amado discípulo. Pero lo que hace ver la virtud eminente de nuestro Santo, sus raras prendas y su mérito universalmente aplaudido, es que estos favores particulares y esta tierna amistad del Salvador jamás causaron la menor envidia ni el menor asomo de zelos entre los otros discipulos, aunque á la sazón eran todavía muy imperfectos.

El Salvador, dándole todos los dias nuevas muestras de su amor, quiso que fuese testigo de todas las acciones mas prodigiosas de su vida mortal. Primeramente se encontró nuestro Santo en la curacion de la suegra de S. Pedro; poco despues en la resurreccion de la hija de Jayro, presidente de una sinagoga, y en todos los demás prodigios que obró el Salvador. Habiendo sido enviado con su hermano á un pueblo de samaritanos á buscar alojamiento para su Maestro y para ellos, y no habiendo querido recibirlos los samaritanos, esta afrenta hecha al Salvador inflamó tanto su zelo, que encarándose con el Salvador, le dijeron si les permitia hacer bajar fuego del cielo para consumir á aquellos ingratos, como lo hizo Elias en otro tiempo. Pero el Salvador les dijo en tono de reprehension: No sabeis de qué espíritu estais animados cuando hablais de esta suerte: el Hijo del hombre no ha venido para quitar á nadie la vida, sino para dársela á todos. Se cree que fué en esta ocasion cuando el Salvador les impuso el nombre de Boanerges, que quiere decir hijos del trueno; para darles á entender que aquel zelo vengativo y fogoso que habian concebido contra los samaritanos, no nacia de su espíritu, que es un espíritu de mansedumbre y de misericordia.

La trasfiguracion de Jesucristo fué tambien una señal de la predileccion del Hijo de Dios para con S. Juan. Quiso el Señor que este amado discípulo fuese testigo de esta prueba sensible de su divinidad, y de la gloria milagrosa y resplandeciente de que todo su cuerpo se vió rodeado, la cual solo era como preludeo de la gloria con que debia ser glorificado despues. Queriendo el Salvador celebrar poco despues su última cena la vispera de su pasion, envió á S. Juan y á S. Pedro á Jerusalem para aprontar cuanto era necesario para esta grande accion, en que debian ejecutarse tantas maravillas.

En esta última cena fué donde Jesucristo quiso dejar á todos los hombres que habia venido á redimir con el precio de su sangre, una prenda de su amor en la institucion de la adorable Eucaristia. Aquí tambien le dió á S. Juan una señal de su ternura y de un cariño particular, haciendo que se pusiera en la mesa junto á sí, y permitiéndole, por un favor muy especial, que reclinara su cabeza sobre su costado. La disposicion de la mesa que estaba en semicírculo, y la de los bancos, daba ocasion al discípulo privilegiado para recibir esta prerogativa, que ciertamente no era sin misterio. Durante este reposo misterioso sobre el pecho del Salvador, dice S. Agustin que este discípulo amado bebió en el mismo corazon del Salvador todos los secretos de la religion, y todos aquellos sublimes conocimientos que le han hecho llamar por excelencia el divino teólogo, y que le han hecho asimismo uno de los profetas mas ilustrados.

Habiendo dicho Jesucristo al fin de la cena que uno de sus discípulos le habia de entregar, quedaron todos tan atónitos con esta funesta prediccion, que ocupados de pismo no pudieron hablar una palabra. S. Pedro, mas curioso, ó á lo menos mas osado que los otros, hizo señas á S. Juan para que preguntase á Jesus quién era aquel de quien hablaba. El amado discípulo preguntó en voz baja al Señor quién era: Jesus le respondió en el mismo tono, que el traidor era aquel á quien daria un bocado de pan mojado en el caldo. En efecto, tomó luego el bocado, le mojó, y le dió á Judas Iscariotes, que fué el desventurado que le entregó.

Quiso el Salvador que su amado discípulo despues de haber sido testigo de su gloria sobre el Tabor, lo fué tambien de su pasion en el monte Olivete y en el Calvario. Le eligió con S. Pedro y Santiago para que le acompañaran al huerto de Getsemani, y fuesen testigos de su agonía. Pero apenas fué preso Jesucristo por los soldados que el traidor Judas habia conducido, cuando S. Pedro y Santiago, cediendo al temor de que fueron sobrecogidos, echaron á correr y huyeron. S. Juan fué el único que no abandonó al Salvador, haciéndole despreciar todos los riesgos el amor tierno que tenia al Salvador. Pronto á morir con él, léjos de avergonzarse de ser discípulo de aquel que iba á ser condenado tan injustamente á muerte por su doctrina, no le dejó un punto ni por las calles de Jerusalem, ni en los tribunales, ni sobre el Calvario, haciéndole participar su generoso amor á Jesucristo de todas las burlas, de todos los oprobios y de todos los suplicios que tuvo que sufrir el Salvador. Este fiel discípulo fué el único apóstol que siguió á Jesucristo hasta la cruz, donde recibió del Salvador el último testimonio de

su amor, el que sobrepujó á todos los otros; porque estando Jesus para espirar, le hizo heredero de la cosa que mas amaba, que era su Madre, para que fuese respetado en toda la Iglesia como el primero de sus hermanos, y como el primogénito de los hijos adoptivos de la Madre de Dios. La donacion se hizo en dos palabras que allí mismo obraron su efecto.

El Salvador se encaró primero con su Madre, á la que no llamó sino con el nombre de mujer, porque el nombre tierno de madre no hiciese mayor su dolor. Mujer, la dijo, he ahí á tu hijo; señalando á S. Juan con la lengua y con los ojos, que eran las solas partes del cuerpo de que no se le habia podido quitar el uso. Ese es el que yo sustituyo en mi lugar para que haga contigo todos los oficios de hijo. Luego echando una ojeada sobre el discípulo, y señalándole en el modo que podia á su Madre, le dijo: Ahí tienes á tu madre; hónrala y sírvela como á tu querida madre. Con estas palabras dió el Salvador á la santísima Virgen un corazon de madre para con S. Juan, y á S. Juan un corazon de hijo para con la santísima Virgen; y así desde aquel tiempo este hijo de Maria no quiso que esta Señora tuviese otra casa que la suya, y él tuvo cuidado de mantenerla. ¿Podía el Hijo de Dios distinguir á su amado discípulo de una manera mas honrosa ni mas ventajosa? Este favor unico hace decir al beato Pedro Damiano, que ninguno parece es superior en méritos á aquel que por una gloria y una prerogativa especial fué hecho hermano del Salvador.

San Juan no se apartó de la cruz hasta que Jesucristo espiró. Vió atravesar el costado de Jesucristo con una lanza despues de su muerte, y vió salir de él sangre y agua, como él mismo lo testifica. Seria preciso conocer cual era la medida del ardiente amor del amado discípulo, para comprender cuan grande fué el dolor y la afliccion que tuvo al ver espirar al Salvador en la cruz, y siendo testigo de lo que padecia su divina Madre en el Calvario. Esto fué lo que hizo decir á S. Crisóstomo que S. Juan fué mártir mas de una vez: *Multoties martyr est Joannes*. No hay martirio mas doloroso para un corazon que ama, que estar presente al martirio del objeto amado.

No habiendo hallado Maria Magdalena el cuerpo del Salvador en el sepulcro, corrió á decirlo á S. Pedro y á S. Juan; entrambos corrieron al sepulcro, pero S. Juan llegó antes que S. Pedro. Nuestro Santo fué asimismo testigo de las apariciones del Salvador despues de su resurreccion; ¿cual seria el gozo del fiel discípulo, y de qué favores no llenaria Dios su corazon fiel y generoso en estas apariciones! Jesucristo no se daba á conocer desde

luego cuando se aparecía á los demás apóstoles; pero no podia ocultarse al amado discípulo. S. Juan fué el único que le conoció á la orilla del mar de Tiberiades, y que dijo á S. Pedro: El Señor es. Como S. Juan era el único de todos que fué virgen, así tambien fué el único que conoció al divino Esposo; es advertencia de S. Jerónimo: *Solus virgo virginem agnoscit.*

San Pedro, que amaba á su divino Maestro mas que los demás apóstoles, hizo particular alianza con S. Juan, á quien veia que Jesucristo amaba mas tiernamente; y esta alianza que Jesucristo habia formado entre los dos apóstoles fué cada dia mas íntima. Habiendo dicho el Salvador á S. Pedro que le siguiera, este Apóstol se sorprendió de que Jesucristo no hubiese dicho lo mismo á S. Juan; y habiéndose tomado la libertad de preguntar al Salvador qué designios tenia su Majestad sobre su amigo Juan, le respondió el Señor: ¿Qué te importa á tí el saber en lo que ha de venir á parar Juan? Esta respuesta dió motivo á los otros discípulos para creer que Juan no habia de morir; pero Jesucristo les dió á entender que no comprendian el sentido de sus palabras.

Poco despues de la venida del Espíritu Santo, yendo al templo S. Pedro y S. Juan, curaron á la puerta á un cojo, que desde su nacimiento tenia embarazado el uso y movimiento de sus miembros. El ruido que hizo este milagro dió motivo á que los pusieran en la cárcel, donde fueron examinados; pero su respuesta constante y animosa hizo ver claramente que solo Dios habia podido hacer tan intrépidos y elocuentes á unos pobres pescadores. Durante la persecucion que se siguió á la muerte de S. Estéban, los apóstoles que se habian quedado en Jerusalem, noticiosos de los progresos que hacia la fe en la ciudad de Samaria, enviaron al punto allá á S. Pedro y á S. Juan, los que imponiendo las manos sobre los nuevos fieles, hacian bajar sobre ellos el Espíritu Santo, confiriéndoles con esta imposición de las manos el sacramento de la confirmacion. Estos dos grandes apóstoles predicaron la fe en diversos lugares de aquellos alrededores; y habiéndose vuelto á Jerusalem, pusieron por obispo de esta ciudad á Santiago el Menor, llamado el Justo. Nuestro Santo asistió despues al concilio de Jerusalem, donde pareció, dice S. Pablo, como una de las columnas de la Iglesia.

Entre los apóstoles fué S. Juan uno de los últimos que dejaron la Judea para ir á llevar el Evangelio á las naciones; fué á predicar á los partos, á quienes pretende S. Agustin haber dirigido su primera carta; pero su departamento fué el Asia menor. Encargado del cuidado del mas precioso depósito que habia en la

tierra, que era la Madre de Dios y suya, la condujo á Efeso, cuando todos los fieles fueron espelidos de Jerusalem, y estableció en aquella ciudad su domicilio con grandes ventajas de la religion. S. Jerónimo dice que nuestro Santo fundó y gobernó todas las iglesias del Asia durante su larga mansion en aquellas provincias. Ningun héroe hizo jamás tantas conquistas. Apenas se dejaba ver cuando las ciudades y aldeas se rendian á su palabra. Es verdad que los estupendos milagros que obraba en todas partes facilitaban mucho estas conversiones; la mansedumbre sin igual de nuestro Santo, aquel aire de modestia y de pureza que resplandecia en su cara, su afabilidad, sus modales corteses cautivaban todos los espíritus, y le ganaban todos los corazones; pero sobre todo, aquella unción divina que habia bebido en el mismo sagrado corazon de Jesucristo era tan sensible en sus razonamientos y en todas sus conversaciones, que todo cedía y se rendia á su palabra.

Su vida era tan austera, que dice S. Epifanio era imposible llevar mas léjos la austeridad. Convirtió á la fe de Jesucristo casi toda el Asia, donde estableció un gran número de obispos, de los que él mismo era como el pastor y el modelo: *Totas Asia fundavit rexique ecclesias*, dice S. Jerónimo. Su ardiente zelo le hizo escribir su Apocalipsis á los obispos de Efeso, de Esmirna, de Pérgamo, de Tiatira, de Filadelfia, de Laodicea y de Sardis, á los cuales los llama ángeles por la pureza que debe hacer parte del carácter de un obispo, y por el cuidado que debian tener de los pueblos que la divina Providencia les habia encomendado.

Los cuidados, el respeto y la ternura con que miraba á la Virgen santísima, de quien el mismo Jesucristo le habia hecho hijo adoptivo, le obligaron á estar á su lado todo el tiempo que vivió en carne mortal. Despues de su gloriosa asuncion al cielo, S. Juan no puso límites á su zelo; llevó las luces de la fe hasta las estremidades del Oriente. Los basores pretenden haber recibido la fe de Jesucristo por su ministerio. El emperador Domiciano empezó á perseguir á los cristianos, como lo habia hecho Nerón. S. Juan, á quien miraban todos como á uno de los mayores héroes del cristianismo, y como el alma de este gran cuerpo, fue uno de los primeros que prendieron y enviaron á Roma. Hemos dado el día 6 de mayo la historia de su martirio delante de la Puerta Latina. Al salir del aceite hirviendo en que habia sido metido fué desterrado por Domiciano á la isla de Patmos, una de las del Archipiélago á la parte del Asia; allí fué condenado á las minas, horroroso suplicio para un viejo de mas de noventa años; pero las revelaciones particulares que tuvo y los

frecuentes raptos suavizaron mucho sus penas. Aquí fué donde por orden de Jesucristo escribió el libro del Apocalipsis; esto es, de las Revelaciones, donde no hay palabra, dice S. Jerónimo, que no sea un misterio. Pero esto es decir poco de un libro tan apreciable; añade el Santo; todo lo que se puede decir de él es menos de lo que merece; no hay en él palabra que no encierre muchos sentidos, ni somos capaces de penetrarlos. Habiendo sido muerto el emperador Domiciano, anuló su senado todo lo que había hecho; y Nerva, su sucesor, levantó el destierro á todos los que su antecesor había desterrado. Así S. Juan dejó la isla de Patmos el año 97, despues de un destierro de cerca de diez y ocho meses, y volvió á Efeso. Como halló que S. Timoteo, su primer obispo, había sido martirizado, se asegura se vió obligado á tomar á su cuidado esta iglesia, la que gobernó hasta el fin de su vida. Poco despues de su vuelta convirtió á aquel insigne ladron que había sido su discípulo cuando jóven; pero habiéndose abandonado enteramente á toda maldad durante su ausencia, se había hecho capitan de una compañía de bandoleros; al cual nuestro santo viejo fué á encontrar, y le habló con tanta unción y energía, que de ladron famoso vino á ser un insigne penitente que edificó á toda la Iglesia lo restante de sus dias.

En su tiempo Cerinto, Ebion y los nicolaitas, enemigos mortales de la divinidad de Jesucristo, despedazaban la Iglesia con sus errores, y la hacian gemir con sus blasfemias. Como S. Juan era el único de los apóstoles que había quedado con vida, todas las iglesias de Oriente y Occidente recurrieron á él, y le pidieron les diese armas contra aquellos impíos enemigos del Salvador, sabiendo que ninguno podía estar mas bien informado que él de los misterios de la religion, ni mas lleno del espíritu del cristianismo. Con este motivo, dice S. Epifanio, escribió su Evangelio; para lo cual, añade el mismo santo Doctor, tuvo orden espresa del Espíritu Santo. S. Jerónimo dice que no empezó á escribir sino despues de muchas rogativas y ayunos públicos, y que prorumpió en estas primeras palabras: *In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum*, al salir de una profunda revelacion y de un éstasis. Como los otros tres evangelistas habían hablado suficientemente de lo que pertenecía á la humanidad de Jesucristo, S. Juan se dedicó á manifestarnos principalmente su divinidad, con el fin de quitarles toda la autoridad á los falsos Evangelios fabricados por ciertos impostores, y cerrar para siempre la boca á los herejes. Este Evangelio, dictado por el Espíritu Santo como todos los otros, ha sido mirado siempre como la mas noble parte de todos los

libros sagrados, y como el sello de la palabra de Dios escrita. Los santos Padres comparan, y con razon, este evangelista al águila, porque se eleva hasta el trono de Dios, y porque su Evangelio encierra tantos misterios, en sentir de S. Ambrosio, como sentencias. Nuestro S. Juan, dice S. Agustin, toma su vuelo como una águila hasta el mas alto cielo, y llega hasta el Padre Eterno cuando dice: *El Verbo era desde el principio, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios.*

Además del Evangelio y del Apocalipsis, reconoce tambien la Iglesia por de S. Juan tres epistolas. La primera, cuyo asunto es la caridad, fué dirigida, segun S. Agustin, á los partos; esto es, á los cristianos hebraizantes que estaban al otro lado del Eufrates. Las otras dos las dirigió á iglesias particulares, las que quizá se comprenden bajo el nombre de *Electæ dominæ et natis ejus*: A mi señora Electa y á sus hijos.

Habiendo llegado S. Juan á una estrema vejez, y hallándose sin fuerzas por haberlas consumido en los trabajos apostólicos, era llevado por sus discípulos á la iglesia y á la asamblea de los fieles, y como por mucho tiempo todas sus exhortaciones se redujesen á estas breves palabras: Hijos queridos, amaos unos á otros, se enfadaron al fin, dice S. Jerónimo, de tanta repeticion; y habiéndole dicho que se admiraban de oírle todos los dias una misma cosa, les dió esta admirable respuesta, tan digna del amado discípulo: Os repito todos los dias una misma cosa, porque es lo que el Señor nos manda con mas particularidad; y si se cumple bien, no es menester mas para ser santos: *Quia præceptum Domini est, et si solum fiat, sufficit.*

Quiso, en fin, el Señor recompensar los largos é inmensos trabajos de su fiel siervo y amado discípulo, sacándole del mundo para colmarle de gloria en el cielo, donde el Salvador mismo y la santísima Virgen habían de darle pruebas muy particulares de su ternura. Murió en Efeso con la muerte de los santos, de edad de cien años, hácia el año 104 de la era cristiana. El cuerpo del santo Apóstol fué enterrado en un campo cerca de la ciudad, donde todavía se conservaban sus reliquias en tiempo del concilio general de Efeso celebrado el año 431.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue:

Señor, alumbrad benigno á vuestro Iglesia, para que ilustrada con la doctrina del bienaventurado Juan, vuestro apóstol y evangelista, llegue á seguir los dones eternos. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es del cap. 15 del Eclesiástico

El que teme á Dios, obrará bien, y el que sigue la justicia, la poseerá, y le saldrá al encuentro como una madre venerable. Le alimentará con pan de vida y de inteligencia, y le dará de beber del agua de la sabiduría saludable; y se establecerá en él, y no se doblará; y le sostendrá, y no será confun-

dido; y le exaltará entre los suyos, y en medio de la congregacion le abrirá la boca, y le llenará de espíritu de sabiduría é inteligencia, y le vestirá una estola de gloria. Pondrá en él un tésoro de gozo y alegría, y le dará por herencia un nombre inmortal el Señor nuestro Dios.

REFLEXIONES.

El que posee la justicia, poseerá la sabiduría. Solo los virtuosos son verdaderamente sabios. Sola la sabiduría cristiana es verdadera sabiduría. Sin el mérito y el espíritu de nuestra religion, lo que se llama sabiduría en el mundo no es por lo común otra cosa que una política estudiada, y muchas veces efecto del natural, del interés, ó de alguna otra pasión. Los sabios del paganismo no eran otra cosa que unos filósofos orgullosos y ridiculos, que en muchas ocasiones daban bastantemente á conocer que eran poco sensatos; se distinguían ordinariamente por unas ridiculeces que el pueblo admiraba, pero que las gentes de buen juicio miraban con desprecio y con indignacion. Ciertos vislumbres de razon les conciliaban muchas veces los aplausos de un populacho abrutado é insensato. Mirensese de cerca estos pretendidos sabios, y se hallarán muy pocos en cuya conducta no se encuentre algún grano de necedad y de manía. La mayor parte solo pensaban como dar al público escenas siempre ridiculas; todo su mérito consistía en ser y parecer solos y singulares entre los demás. No hay que cansarnos en querer ser sabios si no practicamos la virtud cristiana, que es el origen de la verdadera justicia. Toda la sabiduría está encerrada en el Evangelio; en sus consejos y en sus máximas halla la razon su esplendor y su mérito; siempre es sabio el que es sólidamente hombre de bien. Sola la piedad tiene por compañeros al buen juicio, á la rectitud, á la buena fe, á la mansedumbre, á la cortesía y á la afabilidad: ella sola tiene el secreto de hacer tratables y civiles los pueblos mas groseros, mas duros, mas bárbaros. Aunque se haya nacido con un entendimiento oscuro, aunque haya habido falta de educacion,

aunque una persona se haya criado en los montes, en medio de una nacion salvaje, si es verdaderamente cristiana, si tiene piedad, si es santa, es afable, oficiosa, humilde, caritativa, atenta, moderada, cuerda. El entendimiento se abre, se despliega, se labra desde el instante que las costumbres son puras. En una palabra, el juicio y la prudencia nacen y crecen con la piedad. ¿Se atreveria á llamarse sabio un hombre que no tiene conducta, y que se pierde? Que sea flemático y reposado, que hable poco, que lo luzca por su despejo; si con todas estas ventajas no obra su salvacion, es y será mirado por toda la eternidad como un insigne insensato.

El Evangelio es del cap. 21 de S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á Pedro: *Sigueme.* Volviéndose Pedro, vió que le seguia aquel discípulo á quien amaba Jesus, y que estuvo mientras la cena recostado en su pecho; y le dijo: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar? Pedro pues, habiéndole visto, dijo á Jesus: Señor, ¿qué ha de ser de este? Dicele Jesus: Quiero que permanezca así hasta que yo ven-

ga: ¿qué te importa? Tú sígueme. Divulgóse, pues, esta respuesta entre los hermanos de que aquel discípulo no moriría. Y no le dijo Jesus que permanezca así hasta que yo venga; ¿qué te importa? Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas, y las escribió; y sabemos que su testimonio es verdadero.

MEDITACION.

Sobre la fiesta de S. Juan Evangelista.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no se puede decir cosa mas gloriosa para un hombre, ni que dé una idea mas alta de su mérito, que decir que es amigo de Jesucristo. Pues este es el carácter del discípulo amado. El mismo S. Juan no toma otro nombre que el *del discípulo á quien amaba Jesus*. Considera las grandes pruebas que este divino Salvador le da de su amistad. Le llama á su servicio en la flor de su edad; en todas ocasiones le da pruebas sensibles de su predileccion; quiere que sea testigo de todas sus maravillas. Inseparable de este divino Salvador, no le pierde de vista. Jesucristo le instruye, le forma y le hace digno de la ternura que le profesa, y de los insignes favores que le hace. Haciéndole su privado, le hace confidente de todos